

Del amor y sus tribulaciones: un asunto literario

Juan David Gelacio Panesso³⁹

Presentado: 31 de agosto de 2018 - Aprobado: 5 de noviembre de 2018

La palabra amor es insuficiente

Jordi Soler. La mujer que tenía los pies feos

Pero los epígrafes más duros tienen que ver con el amor.
La cuestión es la siguiente: ¿por qué todo el mundo persiste en él, entonces?
Si el amor nos causa tanta aflicción, ¿por qué no somos sensatos
y nos damos de baja de él más temprano?

Martin Amis. Experiencia

1). Para empezar, es un buen interrogante el de Amis. Enunciado de esa manera sucumbimos ante la perplejidad. Sudoración, taquicardia, angustia; y no es el amor, solo es una pregunta por él. Que levante la mano el primer sensato que quiera dar respuesta definitiva. Ya sé que nadie se va a aventurar y supongo que quien lo haga chocará contra un muro impenetrable de concreto. Pero, ¿por qué será que, por su culpa, no dormimos de noche y no comemos de día, como diría Cortázar?

Como si fuera poco, esta incapacidad desmesurada de responder a una pregunta ataviada de superficialidad da origen a una serie, tal vez, interminable de interrogantes perspicaces del mismo tipo. Incertidumbre tras incertidumbre, aparece ese agujero

39 Docente de la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma Latinoamericana. Correo: juan.gelacio@unaula.edu.co

de ineptitud que nos crece en la mente para tragarse cualquier idea sólida que sobre el amor podamos tener. Tememos responder a esa pregunta porque de antemano sabemos el fracaso de cada respuesta; y es que la sensatez que se nos pide para abandonar el barco del amor no es propiamente una virtud que los hombres dispongamos en abundancia. Antes bien, es una carencia solo comparable con la posibilidad imposible de la vida: es su flamante contradicción la que despierta la vacilante actitud que asumimos.

Por lo pronto, podemos estar tranquilos, ni yo, ni usted lector, ni nadie dará buena cuenta de semejante pregunta. Y es que yo prefiero abstenerme con dignísima pereza para caer en la encrucijada –culmen de lo impredecible– que plantea el amor, que proclamar asunto despejado este intrínquilis humano. Que conste, no lo hago porque no creo poder hacerlo, pero, esencialmente, es que no quiero; por eso recurro a las voces de algunos escritores y sus magníficas historias para que hablen por mí, ya que prefiero el espanto y la crueldad, o ante todo la sorpresa que recibimos al no saber explicar a cabalidad el asunto del amor, que la monótona “sabiduría” emanada de una respuesta satisfactoria. El amor, en este sentido, es la variable nunca despejada de una ecuación, es la irregularidad encubierta en alguna sólida teoría científica; es el dato anómalo que no encaja en el conjunto estadístico. El amor es el campo en el que florece la imaginación, no existe el primero sin la segunda. Un personaje de Kureishi lo describe delicadamente “sin duda, no saber es hermoso, como si todo lo que uno fuese conociendo restase valor a los placeres de la imaginación. La fantasía puede ofrecer más satisfacciones que la realidad”.

2). El desafío es permanente, creo que nadie se atrevería a presentar una explicación coherente y total; por lo menos, a mí me da mejor el rodeo, la mixtura, y cuando las cosas se ponen un poco feas: la evasión (“si no puedes ganar la discusión en sus pequeños detalles, enmierda el contexto”, sostiene un personaje de la novela *Trainspotting*, de Irvine Welsh). ¿Por qué esta línea de conducta, por qué no la seguridad? Simplemente porque entre todos los sentimientos y fuerzas de los seres humanos, el amor es el más difuso, y porque, querámoslo o no aceptar, alguna vez le hemos conocido (si no, ya vendrá la oportunidad). Subsiguientemente, catalogamos el amor como una debilidad, el colmo de la miseria –inicia así un sentido común que la asume como una histérica condición–: “¿Qué estaba haciendo yo? Todo ello, toda la búsqueda del amor, toda la idea... procedía de otro mundo. Olvídalo. Date media vuelta. Y vuelve a intentar el arte y a jugar con los dados, con la muerte y el odio, y dejar de

luchar por el amor en una guerra imaginaria” (Campos de Londres. Martin Amis). Parece entonces que la singularidad del amor, su signo imperecedero, es la ambigüedad. Te fortalece y te debilita al mismo tiempo y en el mismo espacio (y adiós principio de no contradicción). Esto nos perturba un poco y llega a tornarnos neuróticos.

El amor en pleno uso de sus facultades –la insolencia encabezándolas– nos desarma en el primer asalto: “viene corriendo y saltando. A veces viene no como un trueno, sino como un relámpago. A veces el amor viene a la velocidad de la luz. Simplemente no hay manera de esquivarlo” (Campos de Londres. Martin Amis). Para otros, hay algo más de fortuna, aunque sigue siendo raudo, como el caso de un personaje del escritor brasileiro Rubem Fonseca, para quien el amor es como un rayo que nos atraviesa, no nos mata y sale por la orina. Por eso, tal vez, la única certidumbre que nos pueda proveer el amor es que con él no existe ninguna. Si bien se han realizado esfuerzos para explicar este complejo sentimiento y sus múltiples efectos, todas ellas no pasan de ser intentos. No obstante, de todos los autores que tratan de indagar las lacerantes manifestaciones del amor se puede sacar algún provecho. Por ejemplo, el caso de Ibn Házim de Córdoba, con su didáctica claridad, su honesta reflexión y su penetrante mirada –sin desconocer su agudo oído, ya que muchos apartes de su obra *El collar de la paloma*, salen a la luz en la medida en que fueron escuchados por él–, confirma una notable capacidad, pues tras un largo exordio nos confirma que en el amor siempre se retorna al punto de partida, lo cual es como transitar caminos que no nos conducen a ninguna parte. Entonces viene el desconcierto vital. El amor es a la vida como el agua al mar (perdón la pobre analogía). Luego aparece la literatura; ella con su acrobacia del lenguaje, con toda la gimnasia imaginativa. Recuerdo un fragmento de un tango de Calamaro, titulado “Jugar con fuego”: “es inmoral sentirse mal, por haber querido tanto, debería estar prohibido haber vivido y no haber amado”.

Uno de los problemas con el amor es que nunca lo tomamos como objeto de reflexión, a veces preferimos sentirlo –padecerlo– y la mayoría de las veces, en cuanto podemos, lo hacemos a un lado. Una vida sin la intromisión del amor debe ser desesperadamente lúgubre, cuando no anodina y falta de interés. Nos excusamos frente al amor: lo pensamos, lo padecemos y lo proscribimos; en el peor de los casos, no lo comprendemos y, aunque lo padezcamos, preferiríamos negarlo. Parafraseando a Ian McEwan, escritor británico, hay que ser demasiado valiente para amar en estos tiempos.

3). El mundo contemporáneo es un lugar idóneo para abjurar del amor, para banalizarlo, para contemplarlo como objeto de museo o como mercancía. Por eso,

hoy en día, cuando el amor languidece sin quien lo socorra, disfrutamos recordando a Tristán e Iseo; o recordando con leve melancolía a Eloísa —heroína del amor donde quiera que la haya— y al arrogante y sabio Abelardo; a Dante perdidamente enamorado de Beatriz, chiquilla rutilante; a Petrarca enamorado como el que más de su flor dorada Laura.

En un tiempo donde impera el reinado de lo inmediato y de lo efímero, el amor está siendo desplazado y arrinconado; el afán del instante enaltece el proceso de consumo y desecho. Por ello, no hay tiempo para el amor ni para la lectura (“el tiempo de amar como el tiempo de leer, dilatan el tiempo de vivir”, sostiene Daniel Pennac), no se puede malgastar el tiempo del sistema. Tenemos que conformarnos con una sonrisa santurrona, con el amor servido en las telenovelas de quinta, con las ficciones sentimentales de las redes sociales o con la música pop que trivializa y dramatiza nuestras emociones, allí muchos de nosotros hemos tenido nuestra primera educación sentimental. Para Daniel Pennac semejante panorama no es más que un sofisma de distracción constrictivo, pues el amor es quien pone en funcionamiento el mecanismo social.

En estos tiempos donde la facultad humana más extendida y mejor repartida, léase estupidez —a todos nos ha tocado alguna porción—, la literatura asume el amor no solo como actividad creadora, sino, además, como ejercicio de reflexión: “el proceso de engancharse a alguien: fijarse en un punto específico del rostro o del cuerpo y a partir de ahí contarse las mentiras que hagan falta para redimensionar cada una de las partes que, en general, no suelen ser tan agradecidas. Una mujer con gracia por todas partes, sería una auténtica desgracia, no tendría contrapuntos ni contrastes, sería un *continuum* sin accidentes para agarrarse; no daría oportunidad, a quien se enamora de ella, de contarse esa serie de mentiras que acaban siendo el acto de creación que hace que el enamorado se vuelva loco por tal mujer, que es en realidad obra suya. Esto es lo que pensaba entonces, frente a ella, reconstruyéndola, un caso más de enamoramiento por ocio” (*La mujer que tenía los pies feos*. Jordi Soler). Esta vez la venia y el agradecimiento son para la literatura. Pero la literatura sabe que también tiene percances, y, en esa dirección, Amis sabe que los tiempos que corren no son favorables ni al amor ni a la literatura; refiriéndose a su propia novela *Campos de Londres*, comenta que es “una historia de amor (creo), cosa especialmente extraña a estas alturas del siglo (XX), a estas alturas de nuestra maldita época”.

4). No es gratuito que la singularidad del amor radica en su ambigüedad, ello se debe sin duda a que el amor en sus páginas inadvertidas aflore como engaño (véase

arriba Jordi Soler), en el contexto del acto creativo; inicia como una esperanzadora mentira, se catapulta al reino de la ficción. Bajo esta óptica, Luis Buñuel exalta la calidad del amante frente al amado cuando afirma —no sé si con sorna o con falsa mansedumbre— que es preferible amar que ser amado, ya que amar te permite desplegar la imaginación para condensar un acto creativo. No la pasividad del receptor, sino que fluye la energía del generador de la actividad creadora.

La literatura tempranamente entrevió este panorama y para encarar una ficción, pues utilizó otra para hacerle frente, o al menos, para tratar de desnudarla. El amor en la literatura, amor y literatura, imaginación, amor, literatura. Al fin y al cabo, temas indisolubles “pero el escritor no puede prescindir de su imaginación, de la capacidad de crear, inventar lo que no vio, no oyó, no tocó, no olió, no sintió jamás... sin imaginación no hay literatura. La imaginación es la madre de la ficción, es la madre de la poesía e inclusive, como afirmaron Mommsen y Burkhart, la madre de la historia” (Y de este mundo prostituto y vano solo quise un cigarro entre mi mano. Rubem Fonseca).

El amor entiende perfectamente de sarcasmos —asimismo la literatura—; cuando el espacio de lo real le agota sus posibilidades, la literatura es un antídoto que se las devuelve. Por eso, cuando Hegel afirma que todo lo real es racional y todo lo racional es real, potencia lo real-racional. Lo cierto es que, en un inimitable gesto de escapismo, el amor en su mágica contradicción se introdujo en el reino de la ficción, controvirtiendo lo racional. Por eso, un personaje de una novela de Kundera afirma con denodado, aunque febril entusiasmo: “el amor es loco o no existe”. Queda desvestida en parte la afirmación hegeliana; el amor impide todo absoluto sin proclamarse a sí mismo como tal. Para el amor todo vale y es por ello que el amor reproduce un sinnúmero de gestos y de símbolos inabarcables, el tipo de cosas que un lógico aborrece y que un poeta ama. El amor desbanca lo real.

Volvamos sobre la idea de amor como engaño en su movimiento inicial, como mentira, como ficción (para aclarar, estos términos han sido cauterizados y esterilizados para extraer de ellos cualquier germen de moralina que pueda propagar una epidemia de falsa moral irrefrenable en este texto o en quien lo lee). El amor es una fuerza que precede al acto creativo, es decir, lo propicia “de todas las fuerzas el amor es la más extraña”. Esa fuerza se hace ritual y luego viene la ceremonia: “debemos saber que el verdadero amor comienza siempre con un par de mentiras. Se explica así: conocer a una mujer te permite acceder al milagro de la reinvención personal, de hacerte de nuevo porque ya estabas cansado de saberte a ti mismo. Te renuevas o

por lo menos lo intentas. Tú lo conoces y tú intentas reinventarte, hacerte de nuevo. El primer paso es ofrecerle la imagen de tu alter ego. ¿Se explica? Lo mejor de ti para ella como si siempre fuera eso: lo mejor de ti, cosa que no es cierta. Ella está en el mismo proceso. Y ya tiene su mejor cara, sus mejores orejas, sus mejores pensamientos y su mejor voluntad para hacerte creer lo mismo. Los dos se mienten, digámoslo así en términos literarios. Esa es la primera mentira. Pasemos a la segunda luego de este sorbo (deberías acompañarme. Es la mejor cosecha del tinto). Segunda mentira: todo lo que tú te inventas, pretendes, en varios y esenciales aspectos, acomodar a lo que supones ella busca y desea en la personalidad de un seductor. Vas convirtiéndote paso a paso en su héroe. ¡Qué lindo! De esa manera se explica la cara de bobo que generalmente se tiene en el momento de la conquista. De acuerdo con el sapo, la pedrada, sabio principio popular. Así se ficciona lo que occidente entiende como amor. Esta ficción, esta mentira no puede, por tanto, durar *ad perpetuum*. ¿cómo podrías mentir toda la vida? Son semanas, meses, pero al final la ficción es una posibilidad esencial nuestra: eso somos, esa es nuestra madera, pero minuto a minuto tenemos menos brillo, somos más opacos, pertenecemos al montón. Podría redondear la idea diciendo que a ello se debe la fugacidad del amor. Llega y pasa, no se detiene. Si tuviéramos la capacidad de tolerar esa ficción, esa invención, veinticuatro horas del día no necesitaríamos de la poesía ni del manicomio, todos seríamos poetas y locos, esa es mi conclusión. Pero en cambio descansamos, tenemos los pies sobre la tierra, somos realistas, de esta manera nos mantenemos cuerdos y progresamos. FIN” (La vida me duele sin vos. Gonzalo Lema).

En esa ceremonia entonces aflora su ambigüedad, allí dispara sus balas de salva mezclada con alguna mortal. Cupido no es tonto, nosotros sí. No obstante, si Lema resalta el carácter efímero del amor, otros autores afirman su agobiante duración: “había sido siempre lo mismo, el amor era el amor, lo podía encontrar uno con cualquiera, en cualquier parte. Lo que pasaba es que nunca podía conservarlo a menos que estuviera dispuesto a morir por él, querido amigo” (Un sueño americano. Norman Mailer). Aquí la duración del amor está condicionada por el empeño del amante, cosa nada fácil. Siendo el amor como es, una fuerza, ¿no acaba toda fuerza por extinguirse? Una pregunta adicional irresoluble en la que solo podría entenderse diversas interpretaciones. Si el amor perdura toda la vida, algunos amantes han llegado a la meta. En caso contrario, existe un desplazamiento de los cimientos del amor: si al principio el amor vuelve sublime lo cotidiano, puede ser que al final vuelva cotidiano lo sublime. Fin de

este amor, de uno en concreto. Pero no nos podemos dejar engañar: el amor no es lo mismo que la felicidad, del mismo modo que la felicidad no es resultado de aquel. Así podemos decir con Julian Barnes, que el amor mutuo no daba como resultado la felicidad. Pero que no lo obtengamos, o puede que lo tengamos y descubramos que nos hace desgraciados, “debemos” creer en él, o estamos perdidos, debemos creer en él a pesar de ello (Historia del mundo en diez capítulos y medio. Julian Barnes). Eso es lo importante, el amor es lo único que nos queda después de todo, y está al inicio de la imaginación.

El amor es insustancial, pero palpable, algo así como la humedad; buena metáfora la del señor Amis. Llegado el final, y como puede notarlo el lector, sin ninguna solución, solo rodeo o merodeo por tan difícil asunto, no queda más que volver a la novela de Gonzalo Lema y atender a sus palabras –solo si asume el riesgo–: “Me permito darle un consejo, si encuentra la locura en una mujer crea en ella y huya”. Al final, esto es el amor, sin olvidar que –como sostiene Benito Taibo– “explicar el amor es tal vez la más dura tarea de todos los tiempos”.

Para escribir este texto me apoyé descaradamente en los siguientes autores, y en algunas de sus obras, aunque no todas fueron citadas de manera textual, algo de ellas ronda en este breve escrito:

Martin Amis, *Campos de Londres – Experiencia*.

Julian Barnes, *Hablando del asunto – Amor etcétera – Historia del mundo en diez capítulos y medio*.

Ian McEwan: *Amsterdam*.

Jean Echenoz: *Rubias Peligrosas*.

Vladimir Nabokov: *Lolita*.

Gonzalo Lema: *La vida me duele sin vos*.

Juan José Millás: *El desorden de tu nombre*.

Nick Hornby: *Alta Fidelidad – Cómo ser buenos*.

Hanif Kureishi: *Amor en tiempos tristes – Intimidad*.

Sam Shepard: *Cruzando el paraíso*.

Norman Mailer: *Un sueño americano – La canción del verdugo*.

Rubem Fonseca: *Y de este mundo prostituto y vano solo quise un cigarro entre mi mano – Pasado negro.*

Jordi Soler: *La mujer que tenía los pies feos.*

Ibn Hazm de Córdoba: *El collar de la paloma.*

Hector Abad Faciolince: *Asuntos de un hidalgo disoluto – Fragmentos de amor furtivo.*

Milan Kundera: *La insoportable levedad del ser – La broma – La Inmortalidad – La vida está en otra parte – La despedida.*

Ernesto Sabato: *El túnel – Sobre héroes y tumbas.*

Roland Barthes: *Fragmentos de un discurso amoroso.*

George Bataille: *El aleluya.*

El texto fue escrito en el 2003, dentro del curso El amor en la literatura, ofrecido en la Universidad Nacional de Bogotá. Estuvo extraviado por años (solo tenía uno en físico) y la fuerza del amor –intuyo– hizo que pudiera ser publicado.